

Las cartas que nadie leyó



Índice

Índice.....	2
La caja en el desván	3
La primera carta	6
El Parque Central.....	9
El rastro perdido	11
Las huellas del pasado	14
Ecos en la nieve	17
Las piezas del rompecabezas	19
La última carta.....	23
Una última conexión	24

Capítulo 1

La caja en el desván

Era la víspera de Navidad, y la casa de la abuela estaba llena de vida. En la sala, el crepitar del fuego en la chimenea competía con el alegre bullicio de villancicos sonando en el viejo tocadiscos. Las voces de su madre y su tía se mezclaban con risas mientras preparaban la cena en la cocina, el aroma del guiso navideño llenando cada rincón. Pero Lucas, de catorce años, no estaba en la sala ni en la cocina. Su espíritu curioso lo había llevado al lugar más intrigante de la casa: el desván.

El desván siempre le había parecido mágico, como si escondiera secretos esperando ser descubiertos. Era un espacio caótico, lleno de baúles polvorientos, cajas apiladas y muebles antiguos cubiertos con sábanas blancas. Con cada paso que daba, el suelo de madera crujía bajo sus pies, y pequeños rayos de luz se colaban por las grietas de la ventana, iluminando partículas de polvo que flotaban en el aire.

Lucas subió cuidadosamente los últimos escalones, sosteniendo una linterna en una mano. Había venido al desván con la excusa de buscar adornos para el árbol, pero en realidad quería explorar. Entre los trastos viejos, algo llamó su atención: una caja de madera con tallas intrincadas y una cinta roja alrededor. Estaba escondida bajo una pila de mantas, como si alguien la hubiera guardado allí a propósito.

—¿Qué es esto? —murmuró para sí mismo mientras apartaba las mantas y se arrodillaba frente a la caja.

La madera era lisa al tacto, pero las tallas formaban patrones que parecían hojas y ramas entrelazadas. La cinta roja estaba descolorida, y el nudo parecía haber estado allí durante años. Lucas tiró suavemente de la cinta y levantó la tapa. Dentro, encontró un montón de sobres apilados cuidadosamente.

Los sobres eran amarillentos, como si el tiempo los hubiera acariciado con suavidad. Cada uno tenía una caligrafía elegante, ligeramente inclinada hacia la derecha. No había sellos ni direcciones, solo un nombre en el centro de cada sobre: **Tomás**.

Lucas tomó el primer sobre, que estaba encima de los demás, y lo abrió con cuidado. Dentro había una carta escrita a mano, y al leer las primeras líneas, sintió un escalofrío.

"Querido Tomás,

Hoy fui al parque y todo estaba cubierto de nieve. Me acordé de cómo solíamos jugar allí, haciendo muñecos de nieve y guerras de bolas de nieve. La Navidad nunca ha

sido igual sin ti. Cada año vuelvo al banco donde solíamos sentarnos, con la esperanza de verte aparecer. Pero cada vez, solo el silencio me acompaña.

Espero que estés bien, donde sea que estés. Sé que es mucho pedir, pero si alguna vez lees esto, vuelve.

Con cariño,

Sofía."

Lucas se quedó inmóvil, con la carta en las manos. Había algo profundamente triste y hermoso en esas palabras, como si Sofía hubiera vertido todo su corazón en ellas. Pero lo que más le intrigaba era el hecho de que la carta nunca había sido enviada. ¿Quién era Sofía? ¿Quién era Tomás? ¿Y por qué estas cartas estaban escondidas en el desván de su abuela?

El sonido de pasos subiendo las escaleras lo hizo sobresaltarse. Guardó rápidamente la carta en el sobre y cerró la caja justo cuando su hermana menor, Valeria, apareció en la entrada del desván.

—¡Mamá dice que bajas! Ya casi es hora de poner la estrella en el árbol.

—Sí, ya voy —respondió Lucas, atando de nuevo la cinta roja alrededor de la caja.

Mientras bajaba del desván, no podía dejar de pensar en la carta. Había algo en ella que lo llamaba, algo que lo hacía sentir que debía saber más. Esa noche, mientras la familia cantaba villancicos y colocaba adornos en el árbol, Lucas no podía apartar la mente de la caja. ¿Por qué estaban esas cartas allí? ¿Y por qué nadie las había mencionado nunca? Cuando todos se fueron a la cama, Lucas esperó a que la casa quedara en silencio. Luego, tomó la caja de madera y la llevó a su habitación. Colocándola sobre su escritorio, encendió la lámpara y se preparó para descubrir más sobre Sofía, Tomás y la historia que parecía estar escondida entre esas cartas.



Capítulo 2

La primera carta

La noche había caído y la casa estaba sumida en el silencio, interrumpido solo por el sonido ocasional del viento golpeando las ventanas. En la habitación de Lucas, la luz amarilla de la lámpara iluminaba la caja de madera sobre su escritorio, la cual parecía casi brillar en la quietud de la noche. Las cartas de Sofía y Tomás descansaban dentro, como piezas de un rompecabezas esperando ser ensambladas.

Lucas no podía dormir. La idea de las cartas lo mantenía despierto, como si algo en ellas lo llamara, lo instara a descubrir más. Sin poder resistir la tentación, se levantó de la cama y cerró la puerta de su habitación para evitar que su familia lo interrumpiera. En silencio, desató la cinta roja que mantenía cerrada la caja y sacó un sobre, el primero que había tocado al descubrirla. Estaba ligeramente arrugado en las esquinas, como si hubiera viajado de un lugar a otro sin ser abierto.

El papel de la carta estaba amarillento por el paso del tiempo, con bordes que se deshacían al tacto, pero la caligrafía seguía siendo clara. Era la misma letra elegante, con la que Sofía parecía haber volcado sus pensamientos y emociones más profundos. Lucas respiró hondo y comenzó a leer en voz baja, como si de alguna manera temiera que alguien pudiera escuchar:

"Querido Tomás,

Hoy nevó por primera vez este invierno. Me quedé mirando por la ventana, esperando verte pasar con tu bufanda larga y tu armónica en la mano. ¿Recuerdas cómo jugábamos a adivinar las formas de las huellas en la nieve? Me gusta imaginar que las huellas que vi hoy eran tuyas, aunque sé que es imposible.

Hace unos días, el señor del quiosco me preguntó por ti. Le dije que estabas de viaje, pero en el fondo, desearía saber dónde estás. Si algún día lees esto, por favor, vuelve al parque. Allí siempre habrá un lugar para ti.

Con cariño, Sofía."

Al terminar de leer, Lucas sintió un nudo en la garganta. Algo en esas palabras le parecía tan cercano, tan real, como si Sofía estuviera ahí, en su habitación, hablándole directamente. Sintió una mezcla extraña de tristeza y compasión, como si estuviera compartiendo el dolor de una amiga que ni siquiera conocía. Pero, ¿por qué estas cartas no se habían enviado? ¿Quién era Tomás?

Dejó la carta sobre el escritorio y pasó la mano por su rostro. Aunque ya había pasado un buen rato desde que la leyó, las palabras seguían resonando en su mente. Había algo en la forma en que Sofía mencionaba al parque, a la nieve, a las huellas... algo que lo conectaba con sus propias memorias. Él también había jugado en ese parque, corriendo y creando historias junto a sus amigos durante su infancia. Pero lo que más

le inquietaba era el hecho de que Sofía hablaba de la ausencia de Tomás como algo tangible, algo que marcaba su vida diaria.

Miró la carta una vez más, observando con más atención la caligrafía, la tinta que había quedado ligeramente borrosa en algunas partes. Cada letra parecía tener un pedazo del alma de Sofía, algo que no se podía negar. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo que no había notado antes: en el reverso de la carta, había una dirección escrita, apenas visible bajo la capa de polvo que se había formado con el tiempo.

Con las manos temblorosas, Lucas volteó la carta, dejando que la luz de la lámpara revelara la dirección. **"Parque Central, Buzón 16."**

Lucas se quedó mirando la dirección un largo rato. El Parque Central era un lugar que conocía bien, aunque hacía años que no lo visitaba. La idea de que Sofía hubiera dejado allí sus cartas, como si esperara que alguien las leyera algún día, lo inquietaba. ¿Por qué un buzón en un parque? ¿Era posible que esas cartas fueran un mensaje perdido en el tiempo?

De repente, sintió una oleada de emoción, como si un hilo invisible lo uniera a Sofía, a su historia, a su dolor. Por alguna razón, se sentía conectado con ella, como si tuviera que seguir sus pasos y descubrir la verdad detrás de esas cartas no enviadas. Tenía que saber quién era Tomás, y por qué Sofía seguía esperando.

Lucas guardó la carta con cuidado y cerró la caja, decidido. Al día siguiente, no podía esperar más para investigar. El Parque Central, ese lugar que había sido testigo de tantas historias, sería el siguiente destino de su búsqueda.

Se levantó, guardando la caja bajo su cama, y se asomó por la ventana. Afuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo la ciudad bajo su manto blanco. La Navidad ya estaba en pleno apogeo, pero para Lucas, este invierno sería diferente. Tenía un misterio entre manos, y no descansaría hasta desentrañarlo.



Capítulo 3

El Parque Central

El sol de la mañana brillaba tímidamente a través de las nubes grises, lanzando destellos plateados sobre la ciudad cubierta por la nieve. El aire estaba fresco, casi gélido, y Lucas sentía cómo se le colaba entre la bufanda y el abrigo mientras caminaba por las aceras resbaladizas del vecindario. El Parque Central estaba a unas cuantas cuadras de su casa, un espacio abierto con árboles que en invierno parecían fantasmas desnudos, sin hojas, sus ramas cubiertas de hielo.

El día era perfecto para su misión, aunque Lucas no sabía exactamente qué esperaba encontrar. La dirección en el reverso de la carta, "**Parque Central, Buzón 16,**" seguía resonando en su mente. ¿Por qué ese buzón? ¿Por qué un parque? De alguna forma, se sentía como si el parque mismo fuera un punto de encuentro entre el pasado y el presente, una especie de puente entre Sofía, Tomás, y él.

Caminó rápidamente por las calles, evitando los charcos y el hielo. La ciudad parecía estar dormida, como si la nieve hubiera ralentizado el mundo. Cuando llegó a la entrada del parque, una sensación extraña lo invadió. El aire frío le quemaba la piel, pero algo en el ambiente lo mantenía alerta. Se detuvo un momento, observando el paisaje nevado. El parque no había cambiado mucho desde que era niño. El mismo banco de madera seguía allí, donde solía sentarse con sus amigos después de la escuela. Los senderos rodeados de árboles desnudos serpenteaban en varias direcciones, y en la lejanía, se podía ver el antiguo quiosco de música, aunque ya no se usaba como antes.

Pero lo que Lucas buscaba no estaba en esos recuerdos, sino en el **Buzón 16**. Se dirigió al área donde el parque se convertía en un pequeño jardín comunitario, con bancos y una glorieta en el centro. A medida que caminaba entre los árboles, el sonido de sus pasos crujientes sobre la nieve parecía resonar más de lo que deseaba.

Finalmente, llegó a un rincón del parque donde se encontraba un grupo de buzones viejos, de esos que parecían salidos de una época pasada. Algunos estaban oxidados, otros tenían las puertas medio caídas. Al fondo, cerca de un banco de piedra cubierto de nieve, Lucas vio el que buscaba: el **Buzón 16**. Era de color verde oscuro, con detalles dorados que, aunque deslucidos por los años, seguían visibles. El número estaba grabado en la parte superior, y una pequeña placa con la inscripción "**Parque Central**" estaba a su lado.

Lucas se acercó con cautela, como si temiera que el buzón estuviera esperando que hiciera algo más. No sabía qué esperar al abrirlo, pero había algo misterioso en ese lugar, como si el buzón hubiera estado esperando mucho tiempo para ser abierto. Con un suspiro, se inclinó y abrió la tapa. El sonido de la bisagra metálica hizo eco en el aire frío.

Al principio, no vio nada. El buzón estaba vacío, salvo por un par de papeles arrugados que parecían haber sido olvidados allí. Sin embargo, algo en ellos llamó su atención. Entre las hojas, un sobre blanco, sin sello ni dirección, descansaba cuidadosamente. Con manos temblorosas, Lucas lo sacó y lo sostuvo frente a sí. Era un sobre sencillo, pero estaba claro que había estado allí por mucho tiempo.

Con cuidado, abrió el sobre y sacó la carta. Era la misma caligrafía, la misma letra inclinada y delicada que había visto en las cartas de la caja. Al leer las primeras palabras, supo que era otra de las cartas que Sofía nunca había enviado:

"Querido *Tomás,*
Hoy, como siempre, te esperé en el banco del parque. La nieve caía suavemente, y te imaginé cruzando la plaza con tu bufanda roja, esa que siempre te gustaba. Pero no llegaste. Ya no me sorprende, pero sigo esperando, como siempre lo hice. Si alguna vez llegas, quiero que sepas que este lugar será siempre tuyo, como nuestra amistad.
Con *amor,*
Sofía."

Lucas se quedó mirando la carta, completamente inmóvil. Aunque ya sabía lo que iba a encontrar, algo en esas palabras lo golpeó con una fuerza inesperada. Sofía había esperado a Tomás, una y otra vez, en ese mismo parque, en ese mismo banco donde él solía jugar de niño. ¿Por qué había dejado las cartas allí? ¿Por qué nunca las envió?

Mientras sostenía la carta, Lucas se dio cuenta de que el día ya comenzaba a declinar. El sol, escondido tras las nubes, teñía el cielo de un tono gris oscuro. Pero en ese momento, Lucas no pensó en la hora ni en el frío. No podía dejar de pensar en lo que acababa de descubrir. Sofía había escrito tantas cartas esperando la llegada de Tomás. Había algo hermoso y desgarrador en esa espera, como si el tiempo no pudiera borrar el vínculo que ella sentía.

Guardó la carta de Sofía en el bolsillo y se alejó del buzón, mirando por última vez el parque cubierto de nieve. En su interior, algo había cambiado. La historia de Sofía y Tomás ahora formaba parte de él. Tenía que saber más. Tenía que encontrar la verdad detrás de esas cartas y de esa espera interminable.

Esa noche, Lucas se sentó junto al fuego en la sala de su casa, pero en su mente seguía el eco de las palabras de Sofía. Mientras el resto de la familia disfrutaba de la

Navidad, él sabía que su verdadera misión no había hecho más que comenzar.



Capítulo 4

El rastro perdido

El día siguiente amaneció nublado y gris, el tipo de día en el que las horas parecen pasar lentamente. La nieve, ahora comprimida por los pasos de quienes habían salido a hacer compras de Navidad, se había vuelto más firme, casi como una capa dura de hielo que crujía bajo los pies. Lucas no podía dejar de pensar en la carta que había encontrado el día anterior, la carta de Sofía a Tomás, la que había sido dejada en el **Buzón 16**. Ese sobre, junto con las palabras que había leído, lo tenían

atrapado. Había algo en esa historia que lo impulsaba a buscar más, a seguir desenterrando cada pedazo de la verdad.

Ese mismo día, mientras su madre preparaba una gran comida para la Navidad en familia, Lucas se escabulló al salón de estudio de la abuela, donde había una pequeña colección de álbumes de fotos y documentos antiguos. Se sentó frente a una vieja mesa de madera, cubriéndola con papeles y fotos que había encontrado entre los estantes polvorientos. En uno de los álbumes, vio una foto en blanco y negro que le llamó la atención: un grupo de niños pequeños jugando en lo que parecía ser el mismo parque donde él había estado el día anterior.

Sus ojos se fijaron en una niña de cabello largo y rizado, que estaba sentada en un banco, con una bufanda a rayas y una gran sonrisa en el rostro. No tenía dudas, esa era Sofía. Lucas sintió un pequeño escalofrío al ver la foto. ¿Qué coincidencia tan extraña? La niña de la foto era la misma que firmaba las cartas, esa misma que esperaba a Tomás en el parque. Y aunque no había forma de saberlo con certeza, había algo en esa imagen que le hizo pensar que Sofía había formado parte de la vida de su abuela, tal vez sin que ella lo supiera.

Siguió pasando páginas en el álbum, buscando cualquier pista, algo que pudiera vincular a Sofía con alguien de su familia. En la siguiente página encontró algo aún más interesante: una foto de su madre, de joven, posando junto a varias amigas. Y entre ellas, allí estaba Sofía, con la misma sonrisa que en la foto anterior. Lucas quedó paralizado. No lo podía creer. Sofía había sido amiga de su madre, pero eso no explicaba por qué nunca se había mencionado en casa. ¿Por qué su madre nunca había hablado de ella?

Lucas se levantó y, con la foto en mano, se dirigió rápidamente hacia la cocina donde su madre estaba preparando una tarta de manzana. Ella levantó la vista y sonrió al verlo, pero Lucas no pudo evitar notar una sombra de preocupación en su rostro al ver la foto en sus manos.

—Mamá, ¿quién es esta niña? —preguntó, señalando a Sofía.

La expresión de su madre cambió de inmediato. Dejó de amasar la masa y se acercó lentamente.

—¿De dónde sacaste eso, Lucas?

—Estaba mirando los álbumes en el estudio... ¿Ella es Sofía, verdad? —insistió, mirando a su madre a los ojos.

Su madre se quedó en silencio por un largo momento. Luego, suspiró profundamente, como si estuviera recordando algo doloroso.

—Es... es una historia muy antigua. Sofía era una de mis amigas de la infancia. Tuvimos que mudarnos cuando yo era pequeña, y perdí el contacto con ella. Pero... no quiero que te involucres en eso, Lucas. Es una parte del pasado que dejé atrás.

Lucas sintió que su curiosidad crecía aún más. Si Sofía había sido amiga de su madre, ¿por qué nunca le había contado sobre ella? ¿Por qué nunca había mencionado nada de ese Tomás al que Sofía escribía?

—¿Por qué mamá? ¿Por qué nunca me hablaste de ella? —preguntó, con una mezcla de tristeza y frustración.

Su madre lo miró fijamente, y por un momento, pareció que las palabras se le atragantaban. Finalmente, dijo con voz suave:

—Porque esa historia es muy triste, Lucas. Sofía... Sofía esperó mucho tiempo a Tomás. Demasiado tiempo. Pero él nunca volvió, y después de un tiempo, ella desapareció de nuestras vidas. Nadie supo qué pasó con ella. Yo... no quería que supieras eso. Me dolía recordarlo.

Lucas se quedó en silencio, procesando lo que acababa de escuchar. En su mente, las piezas comenzaban a encajar. Sofía había esperado a Tomás, en ese mismo parque, durante tanto tiempo. Y aunque había habido promesas, cartas y palabras de amor, nunca hubo un reencuentro. ¿Y si Tomás nunca regresó? ¿Y si había algo más detrás de esa ausencia, algo que había marcado el destino de Sofía y de su madre?

—¿Dónde está Sofía ahora? —preguntó Lucas con voz temblorosa.

Su madre se giró lentamente hacia la ventana, y sus ojos se llenaron de una tristeza profunda, como si todo el peso de los años cayera sobre ella.

—No lo sé, Lucas. Nadie lo sabe. Sofía desapareció, y nunca supimos qué pasó con ella. Algunas personas dicen que se fue a otra ciudad, otras que simplemente se perdió, pero nunca hubo respuestas.

Lucas sintió un frío interior que nada parecía poder disipar. La historia de Sofía no solo era triste, sino también misteriosa. La chica que había esperado a Tomás, la chica que había dejado cartas tras cartas esperando que él volviera. Todo eso había quedado en el olvido, borrado por el paso de los años y por el dolor de su madre.

Pero para Lucas, algo no encajaba. Había algo más en esa historia, algo que no podía dejar de investigar.

—Voy a encontrarla —dijo en voz baja, sin saber si lo decía para sí mismo o para su madre.

Ella lo miró, preocupada, pero no dijo nada más. Lucas salió de la cocina y se dirigió a su habitación. Ya no se sentía como el mismo chico que había llegado a la casa de su abuela para pasar unas vacaciones de Navidad. Había un misterio por resolver, y él no iba a detenerse hasta encontrar todas las respuestas.



Capítulo 5

Las huellas del pasado

El día siguiente amaneció más despejado, aunque el frío seguía siendo tan intenso que las calles crujían bajo el peso de la nieve congelada. Lucas no podía dejar de pensar en las palabras de su madre. Sofía había sido parte de su vida, de su infancia, y aunque el dolor de su desaparición había marcado su familia, para Lucas ese era solo un punto de partida. No podía entender por qué su madre no le había hablado antes de Sofía. ¿Qué había pasado realmente con ella? ¿Por qué nunca regresó? Y lo más importante, ¿por qué las cartas de Sofía seguían allí, esperando ser leídas?

A pesar del desconcierto, Lucas sabía lo que tenía que hacer. Después de hablar con su madre, la historia de Sofía se había convertido en una especie de obsesión para él. Si algo había quedado claro en la conversación, era que nadie parecía tener las respuestas. La desaparición de Sofía había quedado envuelta en misterio. Nadie sabía qué había sido de ella. Pero Lucas no podía dejarlo así. Necesitaba saber más.

Ese día, después del almuerzo de Navidad con su familia, decidió salir a investigar por su cuenta. La nieve cubría el parque y la ciudad con una capa casi mágica. A lo lejos, veía la silueta del **Buzón 16**, el que había encontrado el día anterior. De alguna manera, ese buzón se había convertido en un símbolo para él, como si todo lo que necesitaba saber estuviera allí, en esas cartas sin enviar.

El parque estaba vacío, el aire frío cortaba su rostro, pero Lucas no sentía el frío. Tenía un propósito. Se acercó al buzón, el mismo que Sofía había utilizado para dejar sus cartas. Sabía que no iba a encontrar más cartas allí, pero algo lo impulsaba a volver, como si el lugar tuviera algo más que ofrecerle. Quizá algún recuerdo olvidado.

Paseó alrededor del parque, observando con más atención los bancos, las farolas cubiertas de nieve, el quiosco que apenas se veía entre las ramas desnudas de los árboles. Cada rincón del parque parecía ser parte de un escenario antiguo, donde Sofía había esperado durante tanto tiempo a Tomás. Lucas sabía que su madre había mencionado que Sofía había desaparecido después de no recibir respuesta de él, pero había algo extraño en todo eso. La imagen de Sofía esperando, con la esperanza intacta, no dejaba de rondar su mente.

De repente, se detuvo frente a un árbol que parecía más viejo que el resto. Estaba cubierto por una capa gruesa de nieve, pero sus raíces se asomaban por encima, como si estuvieran tratando de escapar de la tierra. Lucas observó atentamente. Algo en ese árbol lo atraía. Se acercó y vio algo que lo hizo detenerse en seco: un pequeño rincón, entre las raíces, donde había algo oculto. Se agachó y, con las manos frías, comenzó a limpiar la nieve. Tras unos minutos, su esfuerzo valió la pena. Allí, medio enterrado, encontró una caja pequeña de madera, gastada por el tiempo, pero lo suficientemente firme como para haber sobrevivido al paso de los años.

La caja estaba cerrada con un candado oxidado, pero Lucas no dudó ni un segundo en tratar de abrirla. Lo curioso era que no llevaba llave, pero algo en su interior le decía que tenía que abrirla. Después de unos minutos de lucha con el candado, logró romperlo. Abrió la tapa de la caja y su corazón latió con fuerza al ver lo que había dentro. Era otra carta, pero esta vez no estaba escrita en papel normal. El sobre era diferente, más grueso, como si hubiera sido protegido por mucho tiempo. La caligrafía en la carta era inconfundible. Era Sofía.

Con las manos temblorosas, sacó la carta y la leyó en voz baja:

"Querido Tomás,

Hoy he llegado al parque como siempre, pero algo es diferente. El aire es más frío, y la nieve parece más espesa, como si todo estuviera cubierto por una capa de olvido. Pero yo sigo aquí, esperándote. Me duele no saber si llegarás, pero no quiero dejar de creer. Aún espero, como siempre lo hice. Siempre tuya, Sofía."

Lucas tragó saliva, sintiendo cómo el peso de esas palabras lo envolvía. La carta estaba fechada con el mismo día en que su madre había hablado de Sofía, cuando ella la había dejado de ver. Pero algo no encajaba. ¿Por qué Sofía había dejado esta carta en una caja enterrada bajo un árbol en el parque? ¿Quién más había estado esperando? El misterio solo se hacía más grande.

Guardó la carta con cuidado y metió la caja nuevamente entre las raíces del árbol. Sabía que tenía que contarle a su madre lo que había encontrado, pero al mismo tiempo, sentía que no podía detenerse. La historia de Sofía y Tomás ya no era solo algo del pasado; ahora estaba entrelazada con su vida, con su presente.

De vuelta en casa, Lucas se sentó junto a la ventana, mirando la nieve caer mientras pensaba en todo lo que había descubierto. Las cartas, la caja, el parque... todo parecía estar unido por hilos invisibles que lo guiaban. Sofía había dejado algo importante, algo que Lucas debía descubrir.

Su mente daba vueltas sin cesar. La pregunta que lo atormentaba era simple, pero profunda: ¿Qué había pasado con Sofía después de todo esto? ¿Qué había sucedido con Tomás? Y, lo más importante, ¿por qué su madre había guardado ese secreto durante tantos años?

El día se fue desvaneciendo lentamente, pero para Lucas, la búsqueda apenas comenzaba. Había encontrado una nueva pista, una carta más, pero no podía parar hasta encontrar todas las respuestas. Había algo en el aire, algo en esa historia de amor rota que no podía dejar ir.



Capítulo 6

ECOS EN LA NIEVE

La tarde siguiente, Lucas volvió al parque, esta vez más decidido que nunca. Aunque el cielo estaba despejado y el sol iluminaba tenuemente la ciudad, el aire helado y la nieve acumulada seguían recordándole que era pleno invierno. Llevaba consigo la carta que había encontrado en la caja, guardada cuidadosamente en su mochila. Tenía la sensación de que la historia de Sofía y Tomás estaba lejos de ser un simple relato triste. Había algo más en juego, algo que no podía ignorar.

Lucas caminó hasta el mismo árbol donde había encontrado la caja. Esta vez, se dedicó a inspeccionar los alrededores con más atención, buscando algo que pudiera haber pasado por alto. Mientras avanzaba, se fijó en un viejo banco de madera cerca del buzón. La pintura estaba descascarada, y parecía haber estado allí durante décadas. Algo en ese banco le resultaba familiar, como si lo hubiera visto antes. Se sentó y dejó que sus ojos recorrieran el parque.

El ambiente estaba tranquilo, casi demasiado silencioso. Las pocas personas que pasaban parecían envueltas en sus propios mundos, apresuradas por el frío y la proximidad de la Navidad. Lucas se permitió un momento para respirar profundamente. Su abuela siempre decía que los lugares guardan historias, que si uno escucha con atención, puede oír las susurrar entre las ramas de los árboles o en el viento que roza los edificios antiguos.

De repente, un destello de luz llamó su atención. Provenía de algo enterrado parcialmente en la nieve, cerca del buzón. Se levantó rápidamente y se acercó. Al inclinarse, vio un pequeño objeto metálico. Lo recogió y lo examinó detenidamente. Era una llave. La oxidación había comenzado a cubrirla, pero aún podía distinguirse un número grabado en ella: **21**.

Lucas sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima. ¿Podría ser esto otra pista? ¿Qué abría esa llave? La observó detenidamente y decidió guardarla en su bolsillo. No sabía exactamente qué hacer con ella, pero estaba seguro de que estaba conectada con Sofía de alguna manera.

Esa noche, después de la cena familiar, se retiró temprano a su habitación. Sacó la carta y la llave, colocándolas sobre su escritorio. Encendió la lámpara y se quedó mirando ambos objetos durante largos minutos. Algo no encajaba del todo. Las palabras de Sofía en la carta eran claras, pero había un trasfondo de desesperación en ellas, como si supiera que el tiempo se estaba acabando.

De repente, recordó algo: en una de las conversaciones con su madre, ella había mencionado un café donde solían reunirse con sus amigas cuando eran niñas. El lugar se llamaba "El Refugio", y estaba a unas pocas calles del parque. Tal vez allí

podría encontrar algo más. Sin pensarlo demasiado, se puso su abrigo y salió de la casa, ignorando el frío de la noche.

El café, aunque había cambiado con los años, seguía estando en el mismo lugar. Las luces cálidas del interior se reflejaban en las ventanas, creando un contraste acogedor con el frío exterior. Al entrar, el aroma a café recién hecho y galletas lo envolvió. Era un lugar pequeño, decorado con detalles vintage, como relojes antiguos y estanterías llenas de libros desgastados.

Se acercó al mostrador y esperó a que la mujer que atendía, una señora de cabello plateado y mirada amable, terminara de servir a otro cliente. Cuando ella se dirigió a él, Lucas se armó de valor.

—Disculpe, ¿usted ha trabajado aquí por mucho tiempo? —preguntó, tratando de sonar casual.

La mujer sonrió.

—Sí, joven. Llevo aquí más de treinta años. Este lugar ha sido como mi segundo hogar.

Lucas sintió un destello de esperanza.

—¿Recuerda a una chica llamada Sofía? Solía venir aquí hace mucho tiempo. Era amiga de mi madre.

La sonrisa de la mujer se desvaneció ligeramente, y su expresión se volvió más seria.

—Sofía... Sí, la recuerdo. Era una niña encantadora, aunque siempre parecía estar esperando algo, como si tuviera el peso del mundo sobre sus hombros. Solía sentarse en esa mesa de la esquina, con un cuaderno y un lápiz. Decía que estaba escribiendo cartas.

El corazón de Lucas dio un vuelco.

—¿Sabe qué pasó con ella?

La mujer negó con la cabeza, su mirada perdida en algún recuerdo distante.

—No lo sé con certeza. Un día simplemente dejó de venir. Había rumores, claro, pero nunca se confirmó nada.

Lucas asintió, agradeciendo la información. Antes de salir del café, volvió la vista hacia la mesa de la esquina. Había algo extraño en ella, como si todavía pudiera sentir la presencia de Sofía. Sin pensarlo, se acercó y pasó la mano por la superficie de madera. Fue entonces cuando notó algo: un pequeño compartimento oculto bajo la

mesa. Lo abrió con cuidado, y para su sorpresa, encontró un sobre desgastado por el tiempo.

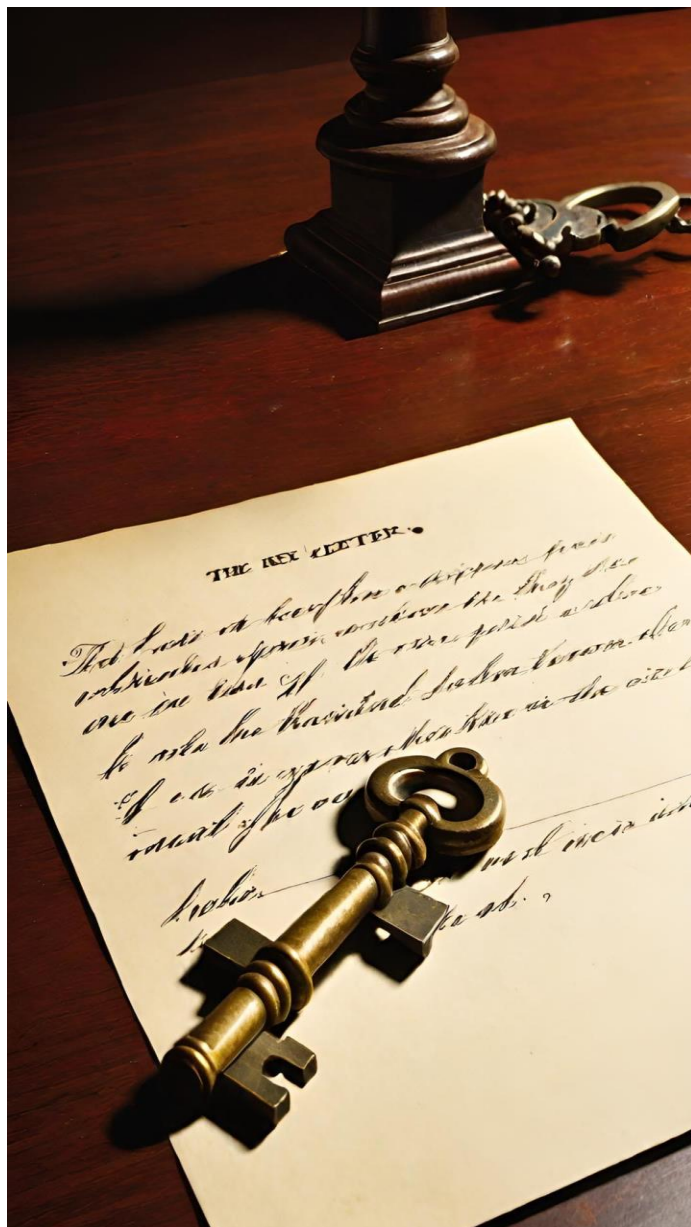
El sobre no tenía nombre, pero estaba claro que era de Sofía. Lo tomó con manos temblorosas y salió del café. De vuelta en casa, se sentó en su cama y abrió el sobre. Dentro había una nota breve, escrita con la misma letra que las otras cartas. *"Si alguien encuentra esto, significa que el tiempo me ha alcanzado. Siempre esperé, pero algunas esperas son eternas. Si lees esto, por favor, busca la verdad. La llave abre algo más que una puerta; abre un recuerdo."* Lucas cerró los ojos, sintiendo cómo la determinación crecía en su interior. La historia de Sofía estaba lejos de terminar, y él no iba a descansar hasta descubrir todo lo que ella había dejado atrás.



Capítulo 7

Las piezas del rompecabezas

La nieve caía suavemente al día siguiente, cubriendo las huellas de las calles con un manto fresco y blanco. Lucas despertó con una mezcla de emoción y ansiedad. La llave que había encontrado y la nota de Sofía resonaban en su mente como un rompecabezas a punto de resolverse. "La llave abre algo más que una puerta", había escrito ella. Pero ¿qué podía significar eso? ¿Era literal o figurado?



Decidió volver al estudio de la abuela. Entre los álbumes y documentos viejos, había un cajón que estaba cerrado con llave. Hasta ahora, nunca había tenido razones para pensar en él, pero ahora parecía una posible respuesta. Bajó las escaleras en silencio, asegurándose de no despertar a nadie, y entró al estudio. El cajón estaba allí, como siempre, en la esquina inferior del escritorio de roble. Introdujo la llave en la cerradura y giró con cuidado. Al principio, el mecanismo parecía atascado por los años de desuso, pero con un poco de fuerza, se abrió. Dentro, había una pequeña caja de madera, con grabados de flores marchitas en la tapa. Lucas la sacó y la colocó sobre la mesa, su corazón latiendo con fuerza. La abrió con manos temblorosas, y lo que encontró dentro lo dejó sin aliento.

Había un montón de cartas, todas con la misma letra que las de Sofía. Pero estas cartas no estaban dirigidas a Tomás, sino a alguien más: su abuela.

Lucas tomó la primera carta y comenzó a leer.

"Querida señora Clara,

Sé que tal vez no debería escribirle, pero siento que usted es la única que podría entender mi situación. Tomás no ha regresado, y tengo miedo de que nunca lo haga. Nadie lo menciona, como si su ausencia fuera algo normal, pero para mí no lo es. Él prometió volver, pero cada día que pasa, siento que me estoy perdiendo más y más en esta espera interminable. Usted siempre ha sido tan amable conmigo... Tal vez pueda ayudarme a entender. Con cariño, Sofía."

Lucas dejó caer la carta sobre la mesa, su mente inundada de preguntas. ¿Por qué su abuela nunca le había contado sobre estas cartas? ¿Por qué las había guardado en secreto? Algo le decía que Sofía y su abuela compartían un vínculo mucho más profundo de lo que él había imaginado.

Tomó otra carta y continuó leyendo. Esta parecía más desesperada, como si Sofía estuviera al borde de rendirse.

*"Señora Clara, Ya no sé qué hacer. He ido al parque todos los días, pero Tomás no aparece. Siento que mi corazón se rompe un poco más con cada puesta de sol. ¿Usted cree que es posible esperar demasiado tiempo? A veces pienso que la espera es lo único que me mantiene viva, pero al mismo tiempo, me está destruyendo. Si algo le pasa a él, por favor dígame. Necesito saberlo. Sofía."**

Lucas sintió un nudo en la garganta. Estas cartas no eran solo palabras; eran fragmentos del alma de Sofía, de su dolor y de su esperanza. Cerró los ojos por un momento, tratando de ordenar sus pensamientos. Sabía que debía hablar con su abuela, pero también sabía que no podía simplemente confrontarla sin más.

Guardó las cartas y la caja de madera en su mochila y salió del estudio. Necesitaba aire, claridad, algo que lo ayudara a procesar lo que acababa de descubrir. Caminó hasta el parque nuevamente, el lugar donde todo había comenzado. El banco estaba cubierto de nieve fresca, pero Lucas lo limpió con sus manos y se sentó.

La imagen de Sofía esperando a Tomás se le vino a la mente, como una escena de película que se repetía una y otra vez. Pero esta vez, algo nuevo apareció en su mente: ¿y si Tomás nunca había existido? ¿Y si él era solo un símbolo, una metáfora de algo más? La idea lo inquietó, pero también le dio un sentido de propósito. Mientras estaba perdido en sus pensamientos, escuchó un crujido en la nieve detrás de él. Se giró rápidamente y vio a su abuela, envuelta en un grueso abrigo y con una bufanda que le cubría la mitad del rostro.

—Lucas, sabía que te encontraría aquí —dijo con una sonrisa triste.

Lucas se levantó del banco, sorprendido de verla allí.

—Abuela, ¿por qué no me contaste sobre Sofía? ¿Por qué guardaste sus cartas en secreto?

Ella lo miró en silencio durante unos segundos, como si estuviera decidiendo cuánto debía decir. Finalmente, suspiró y se sentó en el banco.

—Sofía era especial, Lucas. Era una niña llena de vida, pero también muy frágil. Tenía una imaginación desbordante, y siempre estaba escribiendo historias y cartas. Tomás... —hizo una pausa, y Lucas vio cómo su expresión cambiaba, como si reviviera un recuerdo doloroso—, Tomás nunca existió.

El mundo de Lucas pareció detenerse por un instante.

—¿Qué quieres decir?

—Sofía inventó a Tomás. Era su manera de lidiar con la soledad. Su familia no le prestaba mucha atención, y creo que necesitaba a alguien que la escuchara, aunque fuera solo en su mente.

Lucas se quedó sin palabras. Todo lo que había descubierto, todo lo que había leído, de repente tomó un nuevo significado. Las cartas, la espera, incluso el parque, todo era parte de una historia que Sofía había creado para darle sentido a su mundo.

—Pero, abuela, ¿qué le pasó? ¿Por qué desapareció?

Su abuela bajó la mirada, y Lucas pudo ver las lágrimas acumulándose en sus ojos.

—Un día, simplemente dejó de venir al parque. Su familia se mudó, y nunca volví a saber de ella. Lo siento, Lucas. Desearía poder darte más respuestas, pero Sofía siempre fue un misterio, incluso para mí. Lucas sintió una mezcla de tristeza y admiración por Sofía. Aunque su historia estaba llena de dolor, también era un testimonio de su increíble imaginación y su capacidad para aferrarse a algo que la hacía sentir viva.

Mientras caminaban de regreso a casa, Lucas tomó una decisión. Iba a contar la historia de Sofía, no solo para entenderla mejor, sino para asegurarse de que nunca fuera olvidada. Y sabía exactamente cómo hacerlo.

Capítulo 8

La última carta

La víspera de Navidad llegó con un aire de calma y melancolía. El pueblo estaba adornado con luces parpadeantes y coronas en cada ventana. Pero Lucas no podía dejar de pensar en Sofía y en todo lo que había descubierto. Las palabras de su abuela seguían resonando en su mente: *“Sofía siempre fue un misterio, incluso para mí.”*

Esa noche, mientras la familia se reunía en la sala, Lucas se excusó y subió a su habitación. Sacó la caja de madera con las cartas de Sofía y las extendió sobre su escritorio. Las leyó una por una, como si intentara conectar con ella a través de cada palabra. Y fue entonces cuando notó algo que antes había pasado por alto.

En una de las cartas, Sofía mencionaba un lugar específico: *“El taller al final de la calle principal, donde la madera tiene vida y los sueños se esconden en las astillas.”* Era una descripción poética, pero Lucas la reconoció al instante. Había un viejo taller de carpintería en esa calle, uno que su abuela mencionaba de vez en cuando. ¿Podría ese lugar guardar otra parte de la historia de Sofía?

Sin perder tiempo, Lucas tomó su abrigo y salió al frío de la noche. Las calles estaban desiertas, y las luces navideñas reflejaban un brillo cálido sobre la nieve recién caída. Caminó hasta el taller, un edificio pequeño y envejecido, con una puerta de madera que parecía no haberse abierto en años. Al intentar girar el picaporte, descubrió que estaba cerrada. Pero a través de una ventana rota, pudo ver algo: un estante lleno de objetos polvorientos, y entre ellos, lo que parecía ser una caja similar a la que tenía en su habitación.

Lucas regresó a casa y le pidió a su abuela que le hablara sobre el taller. Ella lo miró con sorpresa.

—Ese lugar perteneció al señor Eduardo, un carpintero del pueblo. Solía ser muy amigo de los niños, siempre les hacía juguetes. Pero cerró el taller hace años, cuando ya no pudo trabajar. ¿Por qué preguntas? Lucas no le contó todo, pero le explicó que



creía que el taller podía tener algo relacionado con Sofía. Su abuela, aunque confundida, accedió a acompañarlo al día siguiente.

Una última conexión

La mañana de Navidad, mientras el resto del pueblo todavía dormía, Lucas y su abuela se dirigieron al taller. Ella tenía una llave antigua que había guardado

como recuerdo del señor Eduardo, y con ella lograron entrar. El lugar estaba en ruinas, con aserrín y herramientas oxidadas por todos lados.

Lucas fue directo al estante que había visto desde la ventana. La caja estaba allí, cubierta de polvo. La abrió con cuidado, y dentro encontró varias cosas: un pequeño álbum de fotos, algunas figuras de madera, y, en el fondo, una última carta de Sofía.

La abrió con manos temblorosas y leyó en voz alta:

"Querido Tomás,

Hoy me dijeron que nos mudamos. No sé si alguna vez leerás esto, pero quiero que sepas algo. Aunque nunca llegaste, aunque siempre te esperé, no me arrepiento.

Porque en la espera encontré un propósito, un sueño. Y si algún día alguien encuentra esta carta, espero que entienda que no importa cuánto tiempo pase: el amor y la esperanza son lo único que nos mantiene vivos.

Con todo mi corazón,

Sofía."*

Lucas terminó de leer con lágrimas en los ojos. Su abuela, que estaba a su lado, colocó una mano sobre su hombro, visiblemente emocionada.

—Sofía siempre fue especial —susurró—. Y ahora entiendo que dejó estas cartas como un regalo para quien quisiera descubrir su historia.

Lucas asintió. Ahora sabía que su misión era compartir esa historia. Al regresar a casa, comenzó a escribir todo lo que había aprendido sobre Sofía: sus cartas, su espera, y el mensaje que había dejado para el mundo.



Esa noche, mientras las luces del árbol de Navidad brillaban en la sala, Lucas terminó de escribir el último párrafo. Miró la carta final de Sofía una vez más y sonrió. Aunque nunca la conoció, sentía que había hecho una conexión profunda con ella.

Guardó la caja y las cartas en un lugar especial, sabiendo que la historia de Sofía no terminaría allí. Había encontrado su propósito, al igual que ella lo había hecho en la espera.

Y en ese instante, mientras la nieve caía silenciosamente afuera, Lucas sintió que el espíritu de la Navidad no era solo regalos o reuniones familiares. Era amor, esperanza y la certeza de que algunas historias, aunque no tengan un final feliz, merecen ser contadas.

FIN

**FELIZ NAVIDAD A TODOS NUESTROS
LECTORES, ESPERO QUE OS LO HAYAIS
PASADO IGUAL DE BIEN QUE YO
LEYENDOLO.**

DE: ALECIA.